Biblioteca anarquista
Anti-Copyright



Emma Goldman
El sufragio femenino
1910

Recuperado el 11 de abril de 2013 desde marxists.org

es.theanarchistlibrary.org

El sufragio femenino

Emma Goldman

1910

Nos jactamos de pertenecer al siglo de las luces de los grandes descubrimientos, del adelanto portentoso de la ciencia y de un progreso extraordinario en todos los órdenes de la actividad humana. ¿No es extraño que sigamos comulgando en el culto de los fetiches? La verdad, nuestros fetiches de ahora cambiaron de forma y sustancia, pero el influjo que ejercen en la mente humana continúa siendo tan desastroso como el de los antiguos.

Otro de nuestros modernos fetiches es el sufragio. Y lo es para aquellos que apenas terminaron de combatir en las revoluciones sangrientas que lo instauró, como lo es para aquellos que disfrutaron su reinado llevando su penoso sacrificio al altar de sus omnipotentes dietas. ¡Guay del hereje que ose disentir con esa divinidad!

Las mujeres, aun más que los hombres, son fetichistas, y aunque sus ídolos pueden cambiar, seguirán arrodilladas, con las manos en alto, ciegas siempre ante ese dios con pies de arcilla. De ahí que desde tiempo inmemorial el sexo femenino haya sido el más grande sostenedor de todo género de deidades. De ahí, también, que tuviera que pagar un precio que sólo los dioses exigen, que fue su libertad, sus sentimientos, su vida entera.

La memorable máxima de Nietzche: *cuando vayas con mujeres provéete de un látigo*, aunque se la considere demasiado brutal, resulta muy justa para ellas en su actitud hacia sus dioses.

La religión, especialmente la cristiana, la condenó a una vida de inferioridad, a la esclavitud. Torció su íntima naturaleza, sus instintos más sanos, reprimió los impulsos de su alma; sin embargo, la Iglesia no posee un sostén más firme que la devoción de la mujer. Se puede decir, sin temor de ser desmentidos, que la religión habría cesado de existir hace mucho tiempo como un factor preponderante en la vida de las personas, si no fuera por el continuo apoyo que recibe de las mujeres. Las más fervientes devotas, que llenan las iglesias, son mujeres; los más incansables misioneros que viajan por todo el mundo, son mujeres; mujeres que siempre continúan sacrificándose en el altar de los dioses, que encadenaron su espíritu y esclavizaron su cuerpo.

La guerra, el insaciable monstruo, le roba a ella todo lo que es más querido y precioso. Le arranca sus hermanos, sus novios, sus hijos y en pago la sume en la soledad y en la desesperación. Sin embargo, el apoyo más sólido que posee el culto de la guerra procede de la mujer. Ella es la que a sus hijos inspira el anhelo de la conquista y del poder; ella susurra en los oídos de sus pequeñuelos la gloria de la guerra, y cuando mece la cuna del bebé, le duerme musitándole cantos marciales, en los que suenan los clarines y rugen los cañones. Es la mujer la que corona a los victoriosos que regresan de los campos de batalla. Sí, es la mujer la que paga el más alto precio al monstruo insaciable de la guerra.

Llega su turno al hogar. ¡Qué terrible fetiche es! De qué manera va royendo las energías más vitales de la mujer, dentro de esa moderna prisión con barrotes de oro. Los rayos deslumbrantes que despide ciegan a la mujer que ha de obrar el duro precio de esposa, de madre y de ama de casa. Asimismo se aferra tenazmente al hogar, esa poderosa institución que la mantiene en la esclavitud.

Puede decirse que la mujer, reconociendo cuán dócil y deleznable instrumento es para el Estado y la Iglesia, necesita del sufragio que ha de liberarla. Esto puede ser cierto para una pequeña minoría; mas la mayoría de las sufragistas repudian esta sensata tendencia como algo sacrílego. Al contrario, insisten que al concedérsele el sufragio a la mujer, ella logrará ser una más perfecta cristiana, ama de casa y mejor ciudadana. De este modo el sufragio no es más que

un medio para fortalecer la omnipotencia de todos esos dioses que adoró y sirvió desde tiempo inmemorial.

Entonces ¿qué asombro puede causar que ella vuelva a ser tan celosa, tan devota, como antaño lo fue, y se postre ante el nuevo ídolo, el sufragio? Desde la antigüedad soporta persecuciones, encarcelamientos, torturas y toda forma de sufrimientos con la sonrisa que le ilumina el rostro. Desde la antigüedad espera también con el corazón ligero, el eterno milagro de la deidad del siglo XIX, el sufragio. Una nueva vida, dicha, goces, alegrías, libertad e independencia personal, todo eso y más tiene la esperanza que surja del sufragio, como por escotillón. En su ciega devoción, no ve lo que percibieron hace cincuenta años otros intelectos: que el sufragio es un grandísimo daño que cooperó en la esclavización del pueblo; mas ella astutamente cierra los ojos ante la evidencia, en el deseo que su ilusión no se disuelva en el aire.

El sufragio, en igualdad de condiciones para la mujer y el hombre, se basa en la idea fundamental que ella debe tener el mismo derecho que su compañero a participar en los asuntos de la sociedad. No es posible que se pueda rehusarle esa justa participación en la vida societaria, aunque el sufragio fuera una práctica sana y justiciera. Mas la ignorancia de la mente humana está compuesta para ver un derecho, una libertad, donde no hay más que una imposición. ¿No significa acaso una de las más brutales imposiciones esto que un grupo de personas conciban y confeccionen leyes para obligar con la fuerza y la violencia a que otras las acaten y obedezcan? Y todavía la mujer clama por esa única oportunidad, que trajo tanta miseria al mundo, que le hurtó al hombre su integridad y la confianza en sí mismo; una imposición que corrompió totalmente al pueblo, convirtiéndolo en fácil presa en las manos de políticos sin escrúpulos y venales.

¡EI pobre y estúpido ciudadano libre norteamericano! Libre para morirse de hambre, libre para vagar por las calles de las grandes ciudades y del campo; él disfruta de la bienaventuranza del sufragio universal, y con su derecho forjó las cadenas que arrastran sus pies. La recompensa que recibe se reduce a una labor agotadora, leyes prohibiendo con graves penas el derecho del boicot, de atacar a los rompehuelgas, en efecto, todo, casi todo, menos salvaguardar su

sacrosanto derecho a fin de que no le roben el fruto de su trabajo. Y asimismo nada le enseñaron a la mujer los desastrosos resultados de este fetiche del siglo XIX. Es que se nos asegura que si ella entra en la liza, purificará la política.

Innecesario sería decir que no me opongo al sufragio femenino; en el sentido convencional de la idea pura, debería ejercerlo. Ya que no veo por cuáles razones físicas, psicológicas y morales la mujer no posee los mismos derechos del hombre. Mas esto no me ciega hasta llegar a la absurda noción que la mujer ha de llevar a cabo cosas en las que el hombre fracasó. Si ella no las hará peor, tampoco las hará mejor.

Presumir que ella logrará purificar lo que no es susceptible de purificación, es adjudicarle poderes sobrenaturales que nunca tuvo. Desde que su más grande desgracia fue que se la considerase un ángel o un demonio, su verdadera salvación se halla en que se le otorgue un razonable sitio en la tierra; es decir, que se la considere un ser humano y por ende sujeta a cometer los yerros y las locuras propios de la condición humana. ¿Podremos entonces creer que dos errores se convertirán porque sí en dos cosas justas, sensatas? Las más ardientes partidarias del sufragio femenino, ¿serán capaces de asentir con semejante locura?

De hecho los intelectuales más avanzados que trataron la cuestión del sufragio universal llegaron a la conclusión que el actual sistema político es absurdo y completamente inadecuado para satisfacer las apremiantes exigencias de mejoramiento, de justicia, de la vida moderna. Este punto de vista lo comparte una gran convencida de las bondades del sufragio femenino, Dra. Helen I. Summer. En su valioso trabajo *Equal Suffrage, dice: En Colorado pude darme cuenta muy bien que la igualdad del voto femenino y masculino, ha servido solamente para demostrar del modo más contundente la esencial podredumbre del actual sistema y la degradación que él significa.* Naturalmente la doctora Summer, al hablar así, subentiende un particular sistema de votaciones, pero con igual acierto lo dicho se aplica a la entera maquinaria política. Con semejante base es difícil comprender de qué manera la mujer, como factor político, puede beneficiarse a sí misma y al resto de la humanidad.

¡Qué triunfo, que empresa más magna fue esta! ¿Quién se atreve a decir que la mujer es un trasto bueno sólo para los trabajos domésticos? ¿Quién podrá incurrir en la tontería de sugerir que una u otra profesión no es adecuada a ella porque carece de capacidad para desempeñarla? Durante 62 años se amoldó a esta nueva atmósfera, que significa una nueva vida para ella. Y todo ello sin sufragio, sin el derecho de fabricar leyes, sin el privilegio de llegar a ser juez, carcelero o verdugo.

Sí, muy bien puedo ser considerada una enemiga de la mujer; pero si puedo conducirla por un camino en donde la ilumine la luz de la razón, no he de lamentarme.

La gran desventura de la mujer no estriba tanto en su inadaptabilidad para desempeñar cualquier trabajo masculino, sino en que fue desgastando todas sus fuerzas durante una vida entera, asistida, asesorada por una tradición ancestral y centenaria que la incapacitó físicamente para concertar la paz con su compañero de ruta, el hombre. Lo que importa no es el género de trabajo que emprenda, sino la calidad del trabajo que produzca. En ese sentido el sufragio ni añadirá ni quitará esa cualidad intrínseca. El desenvolvimiento ideal de sus facultades, su libertad, su independencia personal deberá ser la obra de su propio intelecto y de sus propias manos. Primero, afinándose como carácter y como individualidad libre, y no como un objeto de placer; segundo, rechazando todo derecho que se quiera imponer sobre su cuerpo; rehusándose a procrear, cuando no se sienta con necesidad de hacerlo, negarse a ser sierva de dios, del Estado, de la sociedad, del marido, de la familia, simplificando su existencia tornándola más profunda y rica en nobleza.

Solamente esto, y no el voto político, habrá de libertar a la mujer, convirtiéndola en una fuerza aún desconocida para el mundo; en una lucida y poderosa fuerza para el verdadero amor, para la verdadera paz, para la verdadera armonía; fuerza de divino fuego, creadora de vida, del hombre y de la mujer libres.

Nada es más peligroso que la disección de los fetiches. Si nosotros hubiésemos vivido en la época en que semejantes herejías eran castigadas con la hoguera, no nos habríamos salvado de aquellos cuya estrechez mental quisiera condenar a muerte a quien disienta con sus ideas y las nociones preestablecidas. Por lo pronto, se me ha de presentar como enemiga del movimiento feminista y de la mujer en general. Repito lo que dije al principio: no creo que la influencia de la mujer empeore el ambiente político, pero tampoco creo que lo mejore. ¿Y si no puede enderezar los errores de los hombres, por qué contribuir a perpetrarlos?

La historia puede ser muy bien una compilación de mentiras; no obstante, algunas verdades contiene, y éstas son la sola guía para el futuro. La historia de las luchas políticas llevadas a cabo por el hombre nos demuestra que nada le benefició sin que le costara largos o graves quebrantos. En una palabra, cada pulgada de tierra conquistada, le valió un constante combate, una incesante brega para afianzar sus derechos, y no fue logrado esto mediante el sufragio. No hay, pues, razón para creer que la mujer, si quiere escalar las vallas de su propia emancipación, deberá ser ayudada por el voto político.

En los más sombríos países, Rusia, con su absoluto despotismo, la mujer llegó a ser igual al hombre, no a través del voto y si por su voluntad de querer y poder. No conquistó únicamente para ella un vasto campo de enseñanzas para sus particulares vocaciones, sino que alcanzó la estima del hombre, su respeto y su camaradería; y es más, se ganó el respeto, la admiración del mundo entero. Y esto no fue por el sufragio y si por su heroísmo, su fortaleza, su industriosidad y su poder de soportarlo todo en la lucha por la libertad. ¿En qué país las mujeres que ejercen el derecho del sufragio pueden reclamar para sí semejante victoria? Cuando consideramos lo que la mujer norteamericana emprendió y realizó hasta ahora, encontramos que se necesita algo mucho más poderoso y profundo que el sufragio para que ella obtenga su emancipación.

Hace justamente sesenta y dos años que un puñado de mujeres en el congreso de Seneca Falls presentó un plan de reformas y de demandas por las que se exigía el derecho de tener la misma educación que los hombres y el acceso a varias profesiones, oficios, etc.

Pero las devotas del sufragio nos dicen: *Contemplen y observen en los países y en los Estados en donde el sufragio femenino existe. Comprueben lo que las mujeres realizaron en Australia, en Nva. Zelandia, Finlandia, los países escandinavos, y en nuestros mismos Estados de Idaho, Colorado, Wyoming y Utah.* La distancia añade encantos desconocidos, para citar el dicho polaco: *nos hallamos muy bien donde nunca estuvimos.* De ahí que se quiera presumir que en esos países y Estados, totalmente diferentes de los otros, poseen la más grande libertad, una grande igualdad económica y social, una noble apreciación de la vida, una bondadosa comprensión de la encarnizada lucha económica y en todo lo que atañe a las cuestiones vitales de la raza humana.

Las mujeres en Australia y en Nueva Zelandia pueden votar y colaborar en la confección de las leyes. ¿Las condiciones de los trabajadores en general son mejores que las de Inglaterra, donde las sufragistas desarrollan una heroica lucha? ¿Existe una libre maternidad más dichosa en la concepción de sus hijos que en Inglaterra? ¿No se sigue considerando a la mujer como un mero objeto de placer o de comodidad sexual? ¿Se emancipó ella de la moral puritana que igualmente afecta a ambos sexos? Ciertamente que no, pero la mujer política ha de responder afirmativamente, que sí, que todo se consiguió ya. Si esto fuese así, aun me parecería ridículo señalar a Australia y Nueva Zelandia como La Meca de las hazañas de la igualdad de sufragio.

Por otra parte, quienes conocen a fondo las condiciones políticas de Australia, afirman que los políticos amordazaron a los trabajadores con leyes tan restrictivas que si se declara una huelga sin el permiso legal de una comisión de arbitraje, este acto es considerado como un crimen de alta traición.

Ni por un momento pienso implicar al sufragio femenino como responsable por este estado de cosas. Lo que deseo indicar es que no hay razón para destacar a Australia como una obra maestra, fruto de las actividades femeninas, desde que con su influencia fue incapaz de libertar a los trabajadores de la esclavitud de la política patronal.

Finlandia le otorgó a las mujeres el derecho del voto, y también el de sentarse en el Parlamento. ¿Esto le valió para desarrollar entre

sus mujeres un más grande heroísmo, un sentimiento más intenso por la libertad que en las de Rusia? Finlandia, así como Rusia, estuvo bajo el sangriento látigo del zar. ¿Dónde existen las finlandesas Perovskaias, Spiridonovas, Figners, Breshskovskalas? ¿Donde las innumerables muchachas finlandesas, como las rusas, quienes marchaban alegremente a Siberia en defensa de sus ideas? Finlandia tuvo una escasez penosa de libertadores heroicos. ¿El voto puede crearlos? El único finlandés vengador de su pueblo fue un hombre, no una mujer, y para el caso empleó un arma más eficaz que el voto.

Por parte de nuestros Estados, donde las mujeres votan, y a los que constantemente se los señaló como lugares de maravillas, ¿qué cosa se realizó con la ayuda del voto de la mujer que los otros Estados no tengan y gocen ampliamente, o que no se haya podido acometer mediante esfuerzos enérgicos, sin que el voto mediara para nada?

Si es verdad que en los Estados en que fue instaurado el sufragio femenino, la mujer participa de los mismos derechos del hombre sobre la propiedad, ¿de qué le vale esto a la masa de mujeres sin propiedad, a los millares de asalariadas, quienes viven al día? La igualdad en el voto no afectó sus condiciones; esto también lo admite la Dra. Summer, capacitada para conocer lo que allí sucede. Siendo una convencida sufragista, fue enviada al Colorado por el *Collegiate Equal Suffrage league of New York* para realizar una serie de encuestas e investigaciones, recogiendo datos en favor del sufragio femenino. Ella será, pues, la última persona que diga algo en contra de su propio credo; y asimismo nos informa *que la igualdad del sufragio alteró ligeramente las condiciones económicas de la mujer. Esta no recibe una paga adecuada a su trabajo; aunque en el Colorado el derecho de votar lo adquirió desde 1876, las maestras reciben un salario menor al de sus colegas de California.* Por otra parte, la Srta. Summer nos hace notar el hecho de que habiendo la mujer ejercido el simple derecho del voto durante 34 años, y que desde 1894 se haya instaurado el sufragio en igualdad de condiciones para los puestos femeninos electivos, un censo realizado hace pocos meses, solamente en Denver descubrió 15.000 niños defectuosos físicamente en edad escolar. Ello con la agravante que en el Departamento de Educación había algunas mujeres desempeñando

excepcional de mujer, no sólo se demostró indiferente a la precaria situación de los trabajadores, sino que no vaciló en exhibir su manifiesto antagonismo, cuando en 1869 aconsejó a las mujeres que ocupasen los lugares de los tipógrafos en huelga (Equal suffrage, Ora. H. A. Summer). No sé si su actitud mental pudo cambiar antes de su muerte.

Aquí hay, como es natural, algunas sufragistas afiliadas con las obreras de *Women's Trade Union League*; pero son una pequeña minoría y sus actividades son esencialmente económicas. Las demás contemplan al proletariado que pena con sus herramientas — constructoras de la dicha ajena — con el mismo olímpico despego que hace la sublime providencia. ¿Qué sería de los ricos si no fuera por el trabajo de los pobres? ¿En qué se convertirían esas parásitas señoras, que derrochan en una semana lo que sus víctimas ganan en un año? ¿Igualdad? ¿Quién oyó semejante cosa?

Pocos países han producido un tan arrogante esnobismo como Norteamérica. Esto se aplica particularmente a la mujer de la clase media. No solamente se considera igual al hombre, sino superior en pureza, bondad y moralidad. No hay que asombrarse entonces que las sufragistas otorguen al voto femenino el más grande poder milagroso. En su exaltada soberbia no se da cuenta de qué modo se halla esclavizada, no sólo por el hombre, sino por sus estúpidas nociones sobre la tradición. El sufragio en nada podrá remediar este caso doloroso; más bien podrá acentuarlo, como ya está haciéndolo.

Una de las más grandes líder de los ideales feministas decía que no sólo la mujer tenía derecho a igual salario al del hombre, sino que también le pertenecía el salario del marido. Este, al dejar de sostenerla económicamente sería condenado por la ley a cierto tiempo de prisión, y lo que ganara en la cárcel debería ir a las manos de su esposa. ¿No es éste otro de los brillantes exponentes de cómo el voto femenino entiende suprimir los males sociales, los que han sido combatidos en vano por el esfuerzo colectivo de las mentalidades más ilustradas del mundo? ¿No es lamentable que el supuesto creador del universo nos haya presentado este admirable y maravilloso orden de cosas y que asimismo el voto femenino en manos de la mujer no pueda subvertirlo?

bién las suffragettes carecen de un concepto claro de lo que es verdaderamente la idea de igualdad. ¿No lo comprueba ese tremendo, gigantesco esfuerzo que están llevando a cabo para conseguir un puñado de conquistas que beneficiarán a un grupo de mujeres propietarias, sin que nada se provea para la vasta masa de los trabajadores? Ciertamente, desde su punto de vista político deben ser forzosamente oportunistas, aceptar por lo pronto lo menos, la conquista transitoria, por no perderlo todo. Mas como mujeres inteligentes y liberales, deberán comprender que si el voto es un arma temporal, las desheredadas lo necesitan mucho más que las de una clase económicamente superior, quienes desde ya disfrutan de un poder más grande en virtud de su privilegiada situación económica.

La brillante adalid de las *suffragettes* inglesas, Sra. Emmeline Pankhurst, no tuvo a menos de admitir, en una conferencia pronunciada en Norteamérica, que en política hay también la división de las clases en inferiores y superiores. Si es así, las mujeres trabajadoras de Inglaterra ¿qué actitud adoptarán al cobrar fuerza de ley el proyecto Shackleton[1], que solamente beneficiará a las de una situación económica superior? ¿Seguirán aquéllas trabajando de común acuerdo con sus superiores? No es muy probable que las del tipo Annie Keeney, -tan llena de entusiasmo, de convicción, capaz de realizar los mayores sacrificios por su causa-, se avengan a cargar con las mujeres de sus patronos, así como las cargan ya en la faz económica. Y esas clases dominantes tratarán que siempre sea así, aunque el sufragio universal igual para mujeres y hombres se estableciera en Inglaterra. Hagan lo que hagan los trabajadores en el presente régimen, siempre serán ellos los que habrán de pagarlo todo. Mas los que aún creen en el poder del voto, demuestran bastante pequeñez espiritual al querer acaparar ese poder para ellos solos, sin ninguna consideración para los que lo necesitan mucho más.

El sufragio en los Estados Unidos hasta ahora no ha sido más que una cosa aparte, absolutamente alejada de las necesidades económicas del pueblo. Por eso, Susan B. Anthony, sin duda un tipo

[1]Shackleton fue un miembro del partido laborista cuyo credo luego renegó. La autora hace notar que el parlamento inglés está lleno de estos judas.

altas funciones, y también que el elemento femenino hizo votar leyes severas para la protección de los niños y los animales. Además, ellas *tomaron el más grande interés por las instituciones del Estado, las cuales tratan de recoger los niños vagabundos, los defectuosos y los delincuentes.* ¿Qué queda de la fama gloriosa del sufragio femenino si fracasó en su cometido más importante, el niño? ¿Y qué le resta de una más noble idea de la justicia, para que lleve a la niñez en la esfera de la política? Y en 1903, cuando los propietarios de las minas emprendieron una verdadera guerrilla contra los mineros de la *Western Miners Union*; cuando el general Bell implantó el reinado del terror, arrancando del lecho a los trabajadores, apaleándolos por las calles, masacrando a varios, arrojando a otros en los calabozos, declarando: *al infierno la Constitución, al fuego con ella*, ¿dónde estaban entonces las mujeres políticas y por qué no ejercieron el poder de sus votos? Sí, ellas lo emplearon. Ayudaron así a derrotar al gobernador Waite, un hombre de principios y de amplias miras liberales. Tuvo que cederle el sitio al instrumento de los reyes de las minas, el gobernador Peabody, el enemigo de los trabajadores, el *zar del Colorado. Ciertamente, el sufragio masculino no habría hecho otra cosa.* Claro que no. ¿Dónde están entonces las ventajas para la mujer y la sociedad, derivadas del sufragio femenino? La repetida afirmación que ella purificará la política no es más que un mito. Es el concepto que se deduce por las personas que estudiaron las condiciones políticas de Idaho, Wyoming, Colorado y Utah.

La mujer, esencialmente una puritana en lo moral, es naturalmente santurrona, siendo por eso incansable en su esfuerzo de convertir a los otros en buenas criaturas, como ella piensa que deben ser. De ahí que en Idaho, ella se apartó de su hermana de la calle, de *reputación dudosa* y la declaró inepta para votar. Eso de lo dudoso, no ha de comprenderse por la prostitución en el matrimonio. No hay necesidad de decir que la prostitución ilegal y el juego de azar son actividades severamente prohibidas. Respecto a las leyes, deberían pertenecer al gramatical género femenino: todo es prohibido. Por lo demás, las leyes son maravillosas. No necesitan extenderse mucho sin que su espíritu se abra a todas las plagas del infierno. La prostitución y los juegos de azar nunca florecieron allí con más exhuberancia como ahora que tienen las leyes en su contra.

En Colorado el puritanismo de las mujeres se manifestó en una forma drástica: *Los hombres de existencia notoriamente viciosa y en relación con los lugares de corrupción, desaparecieron desde que la mujer adquirió el derecho de votar* (*Equal suffrage*, Dra. Helen Summer). ¿Pudo el hermano Comstock portarse tan bien? ¿Pueden los padres puritanos hacer más? No sé si muchas de ellas han de comprender la gravedad que encierra este paso en falso. No sé si querrán comprender este hecho, que en vez de elevar a la mujer, la convirtieron en una espía política, una despreciable entrometida en los asuntos privados de la gente, no tanto por servir la causa, sino como decía una de ellas: *les gusta ir a las casas desconocidas y husmear todo lo que ven, escuchar todo lo que oyen, tratándose de política o de otras cosas.* (*Equal Suffrage*). Sí; hasta fisgonear dentro del alma humana en todos sus más escondidos rincones. ¿Y cuándo pudieron disfrutar de tan excelentes oportunidades, sino ahora que se metieron en la política?

Hombres notorios por sus existencias viciosas, relacionados con los sitios de corrupción. Ciertamente, esa mujer que desea reunir muchos votos no puede ser acusada de falta de sentido. ¿Afirmando desde ya que estas movimentadas corporaciones pueden decidir entre lo que es vicio o virtud, o proponer cuáles son las vidas limpias para un ambiente eminentemente limpio, acaso los políticos no deberán seguir a esos regentes de lugares de corrupción, no entran ellos en la misma categoría? A menos que lo niegue la americana hipocresía, puesta de manifiesto en la ley de prohibición, cuyas sanciones no hicieron más que extender el vicio de la embriaguez entre las clases ricas, mientras vigila el único sitio donde beben los pobres. Si no fuera que por esta sola razón, o sea su estrechez puritana hacia la vida, debe considerarse como uno de los más grandes peligros al dejarle en sus manos el poder político. El hombre se halla atiborrado de prejuicios y todavía la mujer se está engolfando más en ellos. Aquel, en el reñido campo económico, se ve obligado a desplegar todas sus capacidades intelectuales y físicas. De modo que no le queda tiempo ni humor para medir la moralidad de su vecino con el metro puritano. En sus actividades políticas tampoco se conduce ciegamente. Comprende que es la cantidad, no la calidad, lo que se necesita para hacer mover las muelas de los molinos

políticos, y a menos que no sea un reformista sentimentaloide o un fósil, sabe muy bien que los políticos no pueden representar otro conglomerado que el de una ciénaga pestilencial.

Las mujeres, quienes se hallan más o menos enteradas acerca del proceder de los políticos, conocen la naturaleza de la bestia; pero, por su vanidosa suficiencia y por su egotismo, creen que bastan sus caricias para que este animal se vuelva un corderito, todo gentileza, dulzura y pureza. ¡Como si las mujeres no fuesen capaces de vender sus votos y como si las mujeres políticas no fuesen capaces de comprarlos! Si su cuerpo se puede adquirir mediante una recompensa material, ¿por qué no el voto? y esto es lo que está sucediendo en Colorado, así como en otros Estados, sin que el hecho pueda ser refutado por esas mismas mujeres que se hallan en favor del sufragio.

Como hiciera constar antes, su punto de vista tan estrecho sobre los principales asuntos de la vida, no es el solo argumento que la inhabilita para creerse superior al hombre en la faz política. Hay otros. Su larga existencia económicamente parasitaria borró completamente de su conciencia el concepto de la igualdad. Exige iguales derechos que el hombre, más sabemos *que muy raras mujeres feministas tratan de propagar sus ideas en los distritos poco atrayentes* (Dra. Helen A. Sommer). ¡Qué mezquina igualdad es ésta, comparada con la de la mujer rusa, quien posee en alto grado el valor de afrontar las penas del infierno por su ideal!

La mujer pide iguales derechos que el hombre, y asimismo se indigna si con su sola presencia no puede herirlo de muerte: porque fuma, no se descubre ante ella y no le cede el asiento instantáneamente, como impulsado por un resorte. Se considerarán estas cosas muy triviales, sin embargo, para la verdadera naturaleza de las sufragistas norteamericanas, es algo capital. Sin duda alguna que sus hermanas las inglesas se hallan por encima de estas estupideces. Ellas han demostrado encontrarse a la misma altura en lo que piden y en la voluntad heroica para sostenerlo. Todo el honor al heroísmo y a la testaruda fuerza de las *suffragettes.*

Gracias a sus enérgicos y agresivos métodos le insuflaron un poco más de vitalidad ciertas señoras norteamericanas demasiado blandas de carácter y pobres de espíritu. Pero después de todo, tam-